

DE LA BILOGÍA AMORES
VIKINGOS

EINAR & FREYA



LIN MARROD

© Einar & Freya, 2023
Edición especial
Todos los derechos reservados.

Corrección: Mayelín Martínez Rodríguez, Clara H. Vial y María José
Martínez Ruano
Diseño de portada: Ely Iraola y Adonis Yair.
Maquetación: Mayelín Martínez Rodríguez.

Imágenes interiores:
Canva Pro (martinezmayelin709mail.com)

Imagen de portada:
Ely Iraola y Adonis Yair.

No se permite la reproducción total o parcial de este manuscrito, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

A quienes amamos y nos aman, los que nunca se
van del todo.

El amor verdadero, sin importar el tiempo, la
distancia, la muerte; perdura en nuestro corazón
para recordarnos que, a pesar del dolor, valió la pena
vivirlo.

Lin Marrod

CAPÍTULO 1 13

CAPÍTULO 2 21

CAPÍTULO 3 32

CAPÍTULO 4 39

CAPÍTULO 5 47

CAPÍTULO 6 56

NOTAS ACLARATORIAS 60

CAPÍTULO 1



Francia
Primavera de 1060
Palacio de la Cité
Aposentos de Einar

Einar hizo un gesto de fastidio al sentir en el rostro el haz de luz, que se filtraba por la angosta ventana. Murmuró una maldición y ladeó la cabeza. En la posición bocarriba, casi inmovilizado por el muslo y el brazo de Judith, no era mucho lo que podía hacer para apartarse del molesto resplandor. Mantuvo los ojos cerrados. El resto de los sentidos se encargaron de analizar el nuevo amanecer.

Escuchó el canto lejano de las aves que pululaban a la orilla del río, el ir y venir de los sirvientes del palacio, los gritos de los soldados en el cambio de guardia...

Respiró profundo. El dulce aroma del sándalo llenó sus pulmones. Era su fragancia favorita. La hacía traer desde Antioquía para las féminas con las que compartía cama.

Se acercó al rostro de Judith, y le rozó la mejilla con los labios. El sabor avainillado del aceite de ámbar rojo le recordó que, apenas unas horas antes, había masajeadó esa suave piel de pies a cabeza.

Destacaba en la corte por su higiene. Su herencia vikinga superaba con creces la de los franceses. Además, los años que pasó junto a Yahya, el renombrado médico egipcio, le aportaron los conocimientos que terminaron de moldear sus costumbres de aseo personal; mezcla de normas vikingas, musulmanas y cristianas.

Por ese motivo, las mujeres de la corte que se bañaban con frecuencia, y se lavaban después del acto sexual, eran señaladas como amantes del demonio o aspirantes a obtener sus favores. Él tenía tres normas con respecto a ellas: la higiene, el brebaje que impedía un embarazo y su renuencia a las vírgenes. La primera era del dominio público, las otras eran su mantra particular.

Suspiró con resignación. Con gusto se habría quedado toda la mañana en la cama, pero el rey había solicitado su presencia. Podía imaginar cuál sería el tema por tratar y había pospuesto esa conversación más allá de lo políticamente correcto. Temió durante años esa conversación. Sabía que, si no estaba equivocado en sus suposiciones, su vida cambiaría radicalmente. Por el momento, decidió concentrarse en otros asuntos, ignorar la intranquilidad de su instinto y no sacar conclusiones precipitadas.

La punzada en las sienes le recordó los excesos de la noche anterior, pero ese malestar carecía de importancia comparado con el placer del memorable encuentro. Ni enfermo de muerte se hubiera negado. Judith, su valquiria francesa, había traído con ella a su favorita. A pesar de sus celos enfermizos, sabía que involucrarla era una apuesta ganadora.

Abrió los ojos y levantó la cabeza. Se tomó un momento para contemplar a las mujeres que, acurrucadas contra su cuerpo, dormían plácidamente. Extendió el brazo libre y acarició el rostro de Inés. Sentía el calor de la pequeña palma en el abdomen y el acompasado aliento en las costillas.

La valquiria, como si hubiera adivinado las caricias que Einar prodigaba a la otra mujer, se acercó un poco más. Su muslo quedó sobre la entrepierna del hombre.

Einar giró el brazo, en el que descansaba la cabeza de Judith, hasta que la mano encontró la curva del redondeado trasero. Desde que podía recordar, adoraba despertar con el contacto de un cuerpo caliente, una pierna sobre las suyas y la caricia de una respiración en el costado.

Sonrió al oír el ronroneo de la mujer. La mano que antes acariciaba a Inés se perdió en el ángulo entre el muslo y el vientre de su valquiria francesa. Gimió ante la cálida humedad del sexo.

«El despertar perfecto», pensó Einar, y hundió los dedos en el tentador cuerpo.

Judith, adormecida, rozó el cuello del hombre con los labios. Se rindió al delirio de las caricias que la traían de vuelta a la realidad. Sabía que era apenas el comienzo, pero su cuerpo, impaciente, quería más y lo quería ya. Sus uñas se clavaron en el musculoso pecho.

Las caderas cobraron vida propia, incitando al hombre a un ritmo violento y una penetración más profunda.

Einar se dejó provocar. Quería todo de esa mujer, pero el primer orgasmo, con solo sus dedos, era algo a lo que no estaba dispuesto a renunciar. Gruñó de satisfacción al sentir el palpar de la delicada carne y la humedad en aumento. Acalló con la boca los gloriosos sonidos que se esparcían en la quietud de la habitación.

—No lo hagas, Inés —regañó Einar a la mujer que sentía avanzar entre sus piernas—. ¡Ven aquí!

A Inés la habían despertado los gemidos descontrolados de Judith. Pensó negarse y montar a su dios vikingo, pero lo que él pretendía al detenerla, era algo a lo que solo muerta renunciaría.

Se arrodilló en la cama y le acarició los músculos del abdomen, del pecho, extasiada con la manera en que Einar besaba y acariciaba a Judith. Era un amante apasionado y muy generoso. Un hombre al que la palabra apuesto no lo definía a cabalidad. No se parecía en nada a los nobles con ínfulas de mujeriegos, y ese era el motivo por el que la mayoría de las mujeres de la corte se tiraban del cabello por él.

Judith, aún gimiendo, se separó del hombre y se sentó en la cama. Con los ojos cerrados, disfrutó de las últimas contracciones.

—Ven aquí, Inés —pidió Einar. Le sonrió y se pasó la lengua por el labio superior—. Vamos. Ya sabes qué hacer.

La favorita le dedicó una sonrisa cargada de lascivia. Sabía que ese gesto anunciaba un inmenso placer. El mismo que, en el rostro sonrojado de su amiga, se mostraba en todo su esplendor.

Acomodar las rodillas a cada lado de ese pecho enorme, no era tarea fácil. Varios músculos se le tensaron, pero estar sobre él, con la promesa de esa lengua en su sexo; lo valía. Suspiró cuando las manos del hombre abrazaron su cintura. Se contrajo en respuesta al soplo cálido en la entrepierna. Al primer contacto, gimió y llenó su boca con la erección que palpitaba ante sus ojos.

Lamió de arriba abajo el miembro caliente. Lo cubrió completamente y se regodeó en él, hasta sentir que se ahogaba.

Los gemidos se sucedieron uno tras otro. Las caricias de Einar y de Judith la vencieron. Se dejó ir sin remedio, pero siguió dándole placer a él. Se moría por oír los ásperos y salvajes quejidos masculinos. Intentó alargar el momento. Deseaba que él terminara en su boca, pero la palmada en el trasero la detuvo.

—Suficiente, Inés. —Einar miró a Judith—. ¿A qué esperas, preciosa?

Judith, quien no había perdido la oportunidad de acariciar los dos cuerpos que se daban placer, sonrió lujuriosa. Mostró descaradamente sus atributos, en un derroche de sensualidad, mientras se movía a cuatro patas sobre la cama. Se acostó bocabajo. Su trasero quedó justo en el borde del colchón y las piernas apoyadas en la alfombra.

Como si de una muñeca se tratase, Einar se levantó con Inés en brazos y la colocó junto a Judith. De pie, detrás de ellas, el disputado vikingo francés disfrutó el exuberante cuerpo de la valquiria y el delicado de su flor. Los cabellos rubios y castaños se mezclaron sobre la manta.

Las mujeres, consciente de la mirada penetrante que las recorría, se besaron. Lo miraron por sobre el hombro al oír el gruñido. Ese par de pupilas eran la representación exacta del deseo y el apremio.

Einar azotó la piel de porcelana de ambas. La forma de sus dedos brotó en las níveas nalgas, a la par que los gemidos de ambas. Se hundió en el cuerpo de Inés, quien gritó al sentir la embestida. Sonrió al oírla rogar por más. Disfrutaba tener sexo con ese par, pero era Inés quien lo hacía cometer una locura tras otra. Su apetito insaciable, su dulzura, la fuerza oculta bajo su aspecto delicado eran un reto al salvaje en él.

Compartió por igual sus atenciones mientras ellas se besaban y lo acariciaban, hasta donde sus manos podían alcanzar. El sonido armonioso del placer llenó sus sentidos.

Clavó los dedos en las caderas de Judith, la atrajo hacia él y manipuló las exuberantes formas a su capricho.

La mirada lujuriosa de Inés sacudió su cuerpo. La muchacha sabía lo que vendría a continuación y ya lo estaba recreando en su mente.

Era una de las cosas que adoraba de su delicada flor: ella intuía y vivía con él cada una de sus fantasías. Bajo el embrujo de esos ojos, del color de la miel oscura, embistió hasta que Judith se desplomó sobre la cama. Besó las nalgas enrojecidas y se giró hacia Inés.

Cogió a su favorita por la cintura, la giró y la sostuvo contra él. La besó en los labios al sentir las piernas que rodeaban su cintura y las manos que le acariciaban la nuca. Se detuvo junto a la ventana. La apoyó contra la pared y, con delicadeza, tomó posesión del grácil cuerpo. Marcó el ritmo que ella exigió y besó, frenético, la carnosa boca.

Mientras esos ojos de gacela lo miraban con absoluto descaro, recorrió los delicados contornos de sus caderas, apretó la redondez de las nalgas, acarició los pechos, justo del tamaño de su mano, y descendió sobre ellos. Los delineó con los labios y mordió los botones rosas. Hambriento de ella, la estrechó entre sus brazos y profundizó las embestidas.

Se giró al oír los gemidos de Judith, que competían en intensidad con los de Inés. Sonrió al verla sentada en la cama. Se apoyaba en una mano, la otra cubría su sexo. Disfrutó el contacto ardiente de la piel de Inés sin perder de vista a la tentadora escena: cuerpo crispado, cabello desordenado y labios entreabiertos. Gruñó al saberla perdida en el placer que se daba como toda una experta.

Sintió que Inés comenzaba a temblar entre sus brazos y le dedicó toda su atención. Con una mano en la nuca y la otra en las nalgas, la fundió a él. Los besos y abrazos brutales que ella adoraba fueron el prelude del final. Rugiendo contra su cuello, se dejó ir.

El sonido del placer de tres llenó la habitación.

—Así se comienza un día —sonrió Einar.

Sentó a Inés junto a Judith y las besó con ternura. Se fue a la habitación contigua y regresó con paños y un balde.

Las mujeres lo dejaron hacer. Ni siquiera se quejaron por la temperatura del agua.

Estaban hipnotizadas por el cuerpo inmenso, tallado músculo a músculo, y el cabello rubio, que le rozaba la cintura. Tanto lo deseaban, que se las habían ingeniado para apartar de su camino al resto de las damas que matarían por las atenciones de su adorado vikingo francés. Para su suerte, la única contra la que no podrían, ni uniendo esfuerzos, no representaba una molestia. Sabían que Einar no volvería a acercarse a ella, así su vida dependiera de ello.

Las mujeres se levantaron y lo siguieron hasta la habitación que hacía las veces de baño. Paradas bajo el dintel de la puerta, se quedaron mirando la perfección ante sus ojos. Con gusto lo habrían ayudado, pero una cosa era lavarse y otra muy diferente recibir el impacto del agua helada por todo el cuerpo.

Einar cogió el balde y lo vació sobre su cabeza.

Los chillidos de las mujeres, al ser salpicadas por el agua, fueron multiplicados por el eco en la habitación.

—¡Estás loco!

—Si venís a bañaros conmigo, lo repetimos todo —propuso Einar con una sonrisa traviesa y el segundo balde de agua en la mano—. ¿Os animáis?

—Ni que estuviera loca —dijo Judith, y le dio la espalda—. Esperaré a que termines y me encargo de tu cabello.

Einar hizo un guiño a Inés, quien permanecía en los límites de las habitaciones. Con una ceja enarcada, su mirada iba del balde al hombre.

«Se lo está pensando. Veremos si su apetito es tan grande como para atreverse», pensó Einar.

Le dio una vista frontal de su cuerpo desnudo hasta que ella se entretuvo en cierta parte de su anatomía. Lanzó agua en su dirección y el chillido no se hizo esperar.

—¡Maldición, Einar! ¡Está helada! —protestó la muchacha, y puso más distancia entre ambos—. No sé cómo puedes.

—¡Está increíble! No lo entenderíais —dijo Einar, y se frotó el cuerpo—. La culpa es de Olaf. Desde que era un bebé, me acostumbró al agua helada.

—¡Estáis todos locos! —gritó Judith desde la cama.

Inés se fue a la otra habitación y comenzó a recoger sus ropas que, desde la noche anterior, habían quedado regadas por el suelo. Frunció el ceño al descubrir el desgarrón del vestido en el pecho. Se agachó a coger uno de sus zapatos, y dio un respingo al sentir la mano de Einar en el trasero. Se giró hacia él tan rápido como pudo. Lo conocía demasiado para darle la espalda.

—Ni se te ocurra acercarte. Estás helado. —La mirada del hombre la alertó—. ¡Einar, no lo hagas!

—Cobarde —la provocó él. En un descuido, la atrapó.

La risa de Judith completó la escena de una Inés que forcejeaba y maldecía entre los brazos de Einar.

Se enredaron los tres en la cama.

Einar sintió ese par de manos por todo su cuerpo. Entre risas y chillidos, besos y azotes, recuperó el calor.

—Hora de irse, Judith —dijo el hombre, y dejó un casto beso en la frente de la mujer—. Si tu esposo despierta y no te encuentra, te buscará por todo el castillo.

Ella recordó el último incidente y frunció el ceño. De no haber sido por una de las damas de la reina, su señor la hubiera sorprendido en los aposentos de su amante.

—¿Puedo quedarme yo? —preguntó Inés.

—¡Claro que no! —soltó Judith, y se dirigió a Einar—. ¿Vas a dejar que ella se quede?

—Por supuesto que no, mi valquiria. Tenemos un acuerdo: ambas o ninguna. —Se incorporó y palmeó sus traseros—. Así que, fuera las dos. No quiero batirme a duelo con el bueno de tu esposo —dijo a una molesta Judith, y las ayudó a incorporarse.

Cogió la jarra sobre la mesa y sirvió dos vasos. Vertió las gotas del líquido oscuro en ellos y se los ofreció a las mujeres.

—Hasta el fondo.

Ellas obedecieron y le devolvieron los vasos. Cruzaron una mirada de complicidad. La voz de Inés rompió el silencio:

—Nunca has dicho el significado de este ritual.

El hombre dejó los vasos sobre la mesa. Regresó a su lado y le acarició la mejilla.

—No hay nada que decir. Solo obedece, y me tendrás cuando quieras.

La muchacha cogió la mano del hombre y la besó. Bebería hasta veneno con tal de meterse en la cama de su dios de cabellos dorados.

Él le devolvió el beso. Se acercó al arcón, sacó la ropa y comenzó a vestirse. Ignoró el calor en la nuca y los suspiros de las mujeres. Si se le ocurría girar y mirarlas, le saltarían encima. Por más que le gustara la idea, no podía demorarse: el rey lo esperaba.

—Deja que te peine —pidió Judith.

—Tú lo hiciste la última vez —protestó Inés—, así que es mi turno.

—Lo hará la que primero se ponga la ropa.

Einar, con el peine en la mano y una sonrisa en los labios, se sentó a disfrutar el hermoso revuelo ante sus ojos.

CAPÍTULO 2



Francia
Primavera de 1060
Palacio de la Cité
Cerca de la sala real

Olaf, cansado de andar de un lado al otro del corredor, se pasó las manos por la cuidada barba y resopló. Debió ir directo a los aposentos de Einar. Después de la función de la noche anterior, no dudaba que se hubiera quedado dormido. A pesar de la preocupación, no pudo evitar la sonrisa.

El miedo a la malvada herencia de Harald, y la influencia que podía tener sobre Einar, había quedado en el olvido. Su pupilo, con todos los motivos para ser cruel y despiadado, había resultado lo contrario. Su fiereza solo se manifestaba en el campo de batalla, fuera de él, era el hombre jovial, dulce y apasionado que cautivaba a cuanta mujer se cruzaba en su camino.

Dos de las sirvientes pasaron junto a él y le dedicaron, entre risitas nerviosas, una mirada pícaro. El gigante, como lo apodaban los que lo conocían, levantaba pasiones. Entre otras cosas, porque no prestaba atención a las mujeres que lo asediaban. Con una complexión física impresionante, repartida en sus ciento noventa centímetros de estatura, era imposible que permaneciera a salvo de las insinuaciones del sexo femenino del palacio y los alrededores. Sin importar su clase social, no podían resistirse a un hombre que compaginaba su físico con un carácter taciturno y el coraje de un león.

—Ya estoy aquí —dijo Einar, y se detuvo junto a su mentor—. En marcha, que el rey espera.

—¡Al fin! Pensé que no llegarías a tiempo.

Olaf suspiró aliviado y le pasó una mano sobre los hombros. Caminaron juntos hasta el final del corredor, donde se divisaban las imponentes puertas de la sala del rey.

—Estaba ocupado, pero no olvidé mi compromiso —dijo Einar, y se ajustó el cinturón.

—Tus ocupaciones se escucharon en media ala este del castillo —aseguró el gigante.

—¿Tanto así? —preguntó Einar con fingida inocencia.

—¡Estás loco! —sonrió el gigante, y agregó—: no abuses de tu posición. ¿Ya olvidaste el último incidente?

—Olaf, esa mujer es una valquiria. Se ha metido en mi cama y, encima, se ha traído a mi favorita. ¿Cómo me niego a eso?

El gigante sonrió. Su pupilo era una complicación que controlaba lo mejor que podía. Del jovencito rebelde y ofuscado de quince años, que Emma tomó bajo su mando, no quedaba nada.

El alumno superó con creces a la maestra. Mantenerlo lejos de los problemas resultaba una tarea difícil. No solo por su adicción a todo lo que olera a mujer, sino por las mujeres en sí, quienes se peleaban por sus atenciones.

—¿Sabes por qué has sido convocado? —quiso saber Olaf.

—Ojalá esté equivocado, pero presiento que me envía a Normandía. —Einar tragó saliva—. No sé qué hacer.

—Acatar sus órdenes. Ya veremos cómo arreglamos nuestra vida llegado el momento.

—No me siento unido a nada. El rey y tú son la imagen que conozco y admiro. No creo que mi gente me acepte. —Einar respiró profundo y se pasó la mano por la cara—. ¿Y mi padre? No sé ni cómo tratarlo.

—Tendrás que adaptarte. Te aseguro que no será tan difícil como piensas —insistió Olaf al mirar el rostro ofuscado de su pupilo—. Comenzarás una nueva vida. Te casarás, formarás tu familia...

—¿Te has caído de la cama? —Einar rio—. Con tanta mujer necesitada, ¿cómo se te ocurre que me ataré a una?

—Puedes tener una familia y las mujeres que quieras. —Olaf enarcó una ceja al ver el lazo que adornaba el cabello de Einar, pero siguió con sus argumentos—. Sabes que puedes. Entre nuestra gente...

Einar, que había dado unos pasos, se giró y lo interrumpió con un gesto de la mano.

—Si un día decido atarme a una mujer, será solo a ella. Quiero a mis hijos conmigo, todos felices. Que me miren y sientan que los amo, que amo a su madre y que los protegeré a todos sin importar lo que me cueste.

Olaf tragó saliva. A veces, Einar lo asustaba. Temía que en cualquier momento recordara su pasado. Se inquietaba al pensarlo. Sin duda, la tensa relación con su padre, la forzada lejanía y la conversación pendiente con el rey habían puesto esos pensamientos en su cabeza.

En lo profundo de la mente de Einar se revolvían las vivencias de su niñez. No era consciente de ello, pero sus palabras eran una extensión de todo lo que deseó vivir. La vida lo privó primero de su madre. Después, de las dos mujeres que lo amaron como suyo. Su padre estaría mejor muerto y Olaf no se arrepentía de desear que ojalá sucediera antes de que su pupilo recuperara los años perdidos en su memoria.

—Todo va a estar bien —aseguró el gigante—. Estoy contigo; siempre estaré.

El abrazo de Olaf calmó el desasosiego de Einar. Ese hombre, que le cortaba el aliento con sus repentinas expresiones de cariño, era lo único que había sido una constante en su vida. Su ejemplo, su guía, su amigo... casi su padre. Todo lo que sabía se lo debía a él.

«Excepto el tema femenino», replicó la voz en su cabeza.

Ese pensamiento mejoró su ánimo y le arrancó una sonrisa. Recordó los malos ratos que le hacían pasar las damas al gigante, quien no veía con agrado que se colaran en su habitación cuando él no estaba.

Su mentor podría tener a cuanta mujer se cruzaba en su camino, pero elegía no hacerlo. Algunas afortunadas habían logrado meterse en su cama en esos años, aunque ese término no era el adecuado para referirse a ellas. Satisfacer sus deseos les costó un corazón roto, porque Olaf no tenía intenciones de ir más allá de un revolcón.

Por más que le molestara admitirlo, a quien debería dar gracias era a la desquiciada de Emma. En su cama, un jovencito rebelde se transformó en hombre.

Ella era una de las cosas que le preocupaba enfrentar en Normandía. En Francia, apenas estaba a salvo de sus trucos.

Al cruzar la frontera, sería otra preocupación con la que tendría que lidiar.

—Espérame aquí —pidió Einar cuando Olaf lo soltó.

Caminó por el pasillo abovedado hasta las enormes puertas al fondo. Los soldados de guardia se apartaron y su presencia fue anunciada al rey.

Einar se detuvo frente a Enrique I de Francia y le dedicó una reverencia digna de un noble. El rey sonrió, le palmeó la espalda y lo instó a seguirlo.

—Ha llegado a mis oídos que las actividades en tus aposentos se salieron de control anoche.

Einar bajó la cabeza. No era su intención. Esperaba que no llegara a males mayores, ya que el rey había intercedido varias veces a su favor.

—Eres joven, si no sucede ahora, ¿cuándo será? —dijo Enrique, y sonrió al notar la expresión de sorpresa en la cara de su protegido—. No estoy alentándote; dejémoslo claro.

—Perdone, majestad. No era mi intención crear un problema. No volverá a suceder.

Enrique tomó asiento y señaló el de su derecha a Einar.

—Lo veo difícil. Si he dejado pasar todas tus proezas, es porque sé que no puedes evitarlo. Hasta a mí me abruman las atenciones de las mujeres a tu alrededor.

—Lamento causar problemas. —Einar se sentó junto al rey—, pero me alegra que comprenda mi situación.

—Solo espero que no contagies a Felipe. Últimamente, su tema de conversación eres tú y tus conquistas.

Los hombres rieron. Ambos sabían que dos de las damas de compañía de la reina Ana se disputaban al vikingo francés. Las indiscreciones de las chicas delante del heredero hicieron que este se interesara por la vida de Thor, como le llamaba cariñosamente, desde sus inocentes ocho años.

—Tenemos que hablar —dijo el rey—. Debes volver con tu padre.

Einar disimuló una mueca de disgusto.

—Siempre temí este día.

—Harald te ha puesto en una situación delicada al unirse a Guillermo. La única solución es que te vayas a Normandía.

—Por favor, quiero quedarme a vuestro lado.

El rey exhaló con fuerza. Sabía que sería una conversación difícil. También para él era una dolorosa decisión: estaba alejando a quien quería como a un hijo. La lealtad y el amor de su protegido eran incuestionables.

—No, Einar. Por más que lo desee, mi respuesta es no. Me importas mucho. —Se detuvo. Le dolían las palabras que diría a continuación—. No quiero verte perdido en esta corte. Cuando yo no esté, todos tus enemigos vendrán a por ti.

—¡Sé cómo cuidarme! —soltó Einar con demasiada vehemencia. Incluyó la cabeza al darse cuenta de lo que había hecho—. Perdona, mi señor.

—De eso no tengo dudas, pero quiero que regreses con tu padre, con tu gente. —El rey puso su mano sobre el hombro de Einar—. En unos años, no tendrás nada a que aferrarte. Es un buen momento para un nuevo comienzo.

—Haré lo que ordene, pero no es mi deseo —se atrevió a contestar.

—Guillermo te quiere a su lado. Úsalo a tu favor. Aunque ahora tenemos una cierta paz, mi sobrino y yo siempre estaremos enfrentados, pero él sabe lo que vales. Tienes que aprovechar su aceptación.

—No voy a luchar contra Francia.

—Guillermo no es un peligro para Francia. Después de muchos años, hemos logrado un equilibrio diplomático y su dominio está consolidado en Normandía. —Se acercó a Einar y bajó la voz—. Serás el primero al que confiese esto. Puede que no sea pronto; pero su mira es otra... Inglaterra.

—Prefiero una batalla sangrienta antes que vivir repudiado por mi gente —insistió Einar. Ni la confesión del rey lograba aplacar su mayor preocupación.

—Puede que al principio lo hagan, pero al igual que Guillermo, valorarán al hombre que tienen de su lado.

Einar calló. Enrique no cedería en su decisión de alejarlo de Francia. Exceptuando a los reyes y a Felipe, no había mucho que dejar atrás. Aun así, sería difícil separarse de los años vividos, de los recuerdos de un niño enojado por todo y con todos. Tragó saliva y recorrió con la mirada la enorme sala donde, en el pasado, Enrique jugaba con él a los caballeros del rey.

Recordó el momento en que lo llevaron a la corte francesa. La tristeza del rey, quien había perdido a una prometida y después a su primera esposa, combinaba a la perfección con el dolor y la furia que lo dominaban a él, por haber sido alejado de los suyos. Eran dos almas oscuras, por motivos muy diferentes. Se consolaron uno a otro, hasta que llegó Ana y cambió la vida de ambos.

—¿Cuánto tiempo te llevaría alistar todo lo que necesitas para el viaje?

La voz del rey detuvo sus pensamientos.

—¿Su decisión es con efecto inmediato?

El rey asintió.

Einar respiró profundo. Si no tenía opción, lo mejor era salir de Francia cuanto antes. Le costó responder sin que le temblara la voz.

—Cinco días.

—Bien, tendremos un banquete en cuatro días. Ahora vete y organiza a los hombres que deben marchar a la frontera.

Einar besó la mano del rey y, con un peso enorme en el pecho, se retiró.



Cerró la puerta y apoyó la espalda en ella. Los soldados que la custodiaban le dedicaron una rápida mirada de soslayo. Debió de ser por el ruidoso suspiro de frustración que no pudo contener.

Perdido en sus pensamientos, se fue en busca de Olaf. La decisión del rey era definitiva. Sabía que no tenía ni la más mínima oportunidad de hacerlo cambiar de opinión. Al menos, lo había intentado. Entendía sus argumentos, pero prefería quedarse en Francia y morir allí, que enfrentarse al desprecio de los suyos.

—¡Por Odín! No tienes que decir nada —dijo el gigante al ver la expresión abatida de Einar—. Tu rostro habla por sí solo.

—No estoy listo para marchar. Marcharme a Normandía es algo que no cabe en mi cabeza.

—Todo va a estar bien. Te aseguro que pronto estarás agradeciendo al rey su decisión. —El gigante le puso una mano sobre el hombro—. No le des más vueltas. Cuanto más rápido lo aceptes, mejor será. Te dejo ahora, nos vemos donde los soldados.

Einar lo siguió con la mirada hasta que lo perdió de vista. Se marchaba en dirección contraria, y la voz de Felipe lo detuvo.

—¡Thor!

Con una sonrisa, se agachó hasta quedar a su altura.

Felipe corrió hacia él.

Einar se levantó con el niño en brazos. Al advertir el gesto contrariado de Ana, se preparó para la reprimenda.

—Mi reina.

Se inclinó y le besó la mano. Con un gesto de cabeza, saludó a las damas que la acompañaban.

—No incites a Felipe a este comportamiento. Es inadecuado.

—Perdone, majestad. Es que es solo un niño y yo disfruto mucho su compañía.

Felipe se recostó en el pecho del hombre.

Ana, al ver la expresión en su carita, decidió pasar por alto la indisciplina. Esa imagen le recordó la consagración de su hijo en la catedral de Reims, la primavera del año anterior. Después de un día agitado, se durmió en brazos de Einar al regresar al castillo.

—¿Vienes de ver al rey?

—Sí, mi reina.

—Pensé que te daría opciones, pero parece que ya ha dicho la última palabra.

—Será difícil, pero está decidido.

—Camina conmigo —pidió Ana.

Einar, con el niño en brazos, la siguió por los pasillos hasta la salida al jardín. Sentía en la nuca la sensación caliente de la mirada de tres pares de ojos implacables. Se giró, miró a las damas por un instante, y les dedicó una sonrisa.

El cuchicheo y las risitas de las chicas fueron interrumpidos por la voz de la reina:

—Adelaida, encárgate de Felipe.

La muchacha se acercó y se llevó al niño con ella, no sin antes suspirar a escasos centímetros de la boca de Einar.

Él contuvo una sonrisa. Ni la presencia de la reina lo salvaba de las indiscreciones de la dama. Adelaida era un inconveniente en todos los sentidos. No entendía la palabra “no”.

Desde que la encontró desnuda en su cama, y la sacó con sus ropas al corredor, las cosas estaban tensas entre ambos. La chica no entendía que no iba a acostarse con una virgen que, para colmo, estaba en la lista de las posibles prometidas del duque de Aquitania.

Adelaida creía que podía hacerlo cambiar de opinión y no dejaba escapar ninguna oportunidad, pero Einar respetaba dos reglas: no tenía sexo de una noche con vírgenes y no se acostaba con mujeres que pudieran costarle un enemigo al rey, su protector.

—Marcharte te da la oportunidad de conectar con tu gente. Harald ha tomado una decisión sin pensar en la difícil posición en la que te pondría, pero tienes que aprovechar el favor de Guillermo.

—Entiendo las palabras del rey, y las tuyas; sin embargo, esta sensación en el estómago no se me quita y nunca ha traído buenos presagios.

—Soy sincera al decir que quiero que te quedes, aunque sería egoísta. Tu presencia aquí no ha sido del agrado de demasiadas personas influyentes y odio que tu vida se desperdicie entre batallas y faldas. —Ana puso su mano sobre el brazo de Einar—. Eres mucho más que un soldado.

El hombre suspiró y bajó la cabeza. Le debía mucho a la mujer que tenía delante. No lo dominó como a Felipe, quien era un amor de niño, pero ella hizo lo mejor que pudo con el salvaje hosco que Enrique puso en sus manos.

Cuando su apetito por las mujeres, y la atención insana que estas le prodigaban, escandalizó a la *curia regis*ⁱⁱ, la reina, aprovechando su interés en los enfermos y heridos, lo envió a Antioquía con Yahya, el egipcio. La estrecha relación que tenía el hombre con el padre de Ana, Yaroslav, gran príncipe de la Rus de Kiev, dio a Einar una oportunidad que para muchos era inalcanzable.

Para orgullo de la reina, él se aplicó en sus estudios y aprovechó los conocimientos de tan renombrado médico. Eso lo mantuvo tranquilo por un tiempo, hasta que se enredó con una allegada de Teodora, la emperatriz bizantina, y casi termina ejecutado.

La vocecita risueña del niño lo trajo de vuelta a la realidad.

—¿Juegas conmigo, Thor?

—Es Einar, Felipe. Te lo he dicho varias veces —lo regañó la reina, y miró a su dama con el ceño fruncido—. Vuelve con Adelaida.

La reina cogió la mano de Einar, como cada vez que se metía en problemas en el pasado, y respiró profundo.

Einar tragó saliva. Ana no era mujer de sentimentalismos, pero a ese gesto siempre lo acompañaban unas palabras dulces cuando más las necesitaba.

—Esta corte no será lo mismo sin ti. Tu partida es un duro golpe para Enrique, pero el rey ha actuado con sabiduría. —Las lágrimas centelleaban en sus ojos—. Voy a echar de menos tus locuras, Felipe también va a extrañarte y mis damas morirán de melancolía.

Einar le besó la mano con devoción y se inclinó ante ella.

—Ha sido un honor vivir estos años bajo su protección y la del rey. Si algún día me necesita, solo pídale y regresaré a su lado.

—Ve con Felipe. Adelaida va a tener un ataque si te retengo más tiempo.

Einar esperó a que entrara al castillo con las otras damas y se acercó a la muchacha.

—¿Jugamos a los caballeros del rey? —pidió Felipe.

—Prometo que lo haremos mañana —dijo Einar, y lo cargó en brazos—. Hoy debo ir con los soldados.

La compañía de Felipe resultaba un efectivo escudo contra las insinuaciones de Adelaida, pero por lo que veía en ese rostro aniñado, de enormes ojos aguamarina, ese día no le serviría de mucho. La voz de la chica confirmó sus suposiciones. La mujer conocía su lengua nativa y la usaba cuando Felipe estaba presente.

«Gracias a Dios», era siempre el pensamiento de Einar. De otro modo, habría tenido que taparle los oídos al heredero.

—*No vas a salir de esta corte sin que te haya tenido.*

—*Adelaida, ya lo hemos hablado. No tienes la menor oportunidad.*

—*¿Por qué?!*

Felipe, que jugaba con el colgante en forma de hacha en el cuello de Einar, miró a la muchacha.

—*Ya te lo he dicho. No me hagas repetirlo.*

—*Voy a entregarle mi virginidad al primer sirviente que se cruce en mi camino* —amenazó la muchacha. Sabía que ese era uno de los motivos que lo mantenían alejado.

—*Aún estarías en la mira del duque de Aquitania.*

—*Le pediré a mi padre que me libere de ese compromiso* —replicó Adelaida.

Las carcajadas de Einar resonaron en el jardín y contagiaron a Felipe, quien rió sin tener idea de la batalla que se libraba junto a él.

—*Estás delirando, mi bella Tilly.*

La muchacha suspiró al oír el diminutivo. No tenía ni idea de por qué la llamaba así, pero le encantaba.

—*Tú odias al duque. Si me aceptaras, podrías sentirte orgulloso de haber tomado lo que será suyo.*

—*Casi me tenías convencido* —le reprochó Einar—. *Jamás haré algo así, Adelaida. Tengo mis propios métodos para sentirme orgulloso de superar a mis enemigos.*

—*El día que te tenga, no quiero a nadie más en tu cama* —dijo ella, obstinada—, *pero si tengo que unirte a Licia en su plan de secuestrarte, no dudaré.*

—*Necesitan de toda mi cooperación para eso.* —Einar sonrió y le pellizcó la barbilla—. *Cuando digo no, es no, mi bella Tilly, aunque me seduce la idea.* —Aguantó la risa al advertir la expresión esperanzada de Adelaida—. *Solo si Licia se uniera a otra en esa descabellada empresa.*

Einar ignoró la rabieta momentánea de la chica y dejó al niño en el suelo. Se incorporó al sentir que ella lo agarraba por la muñeca.

—*¿Quieres que ruegue? ¿Es eso?*

El hombre cogió la pequeña mano de su brazo y la besó.

—*No vas a dejarme en paz, ¿verdad?... Debí llevarte a mi cama anoche.*

Adelaida retiró la mano y apretó los labios.

—*He oído que no había mucho sitio en ella, y por lo que he visto, amaneció llena.*

—*¿Qué quieres decir?*

La mujer deslizó la mano por toda la extensión del cabello recogido en la espalda del hombre.

—*No te has peinado esta mañana, te han peinado.*

Einar se inclinó hacia ella.

—*Pudiste ser tú, Tilly* —susurró, y le lamió el lóbulo de la oreja—. *Lo habrías pasado en grande, pero cuando recuerdo que eres virgen, y prometida de ese cretino, pierdes tu oportunidad.*

La mujer reprimió un sollozo, le dio la espalda y se llevó al niño con ella.

Einar se pasó la mano por el cabello. Sus dedos se toparon con el lazo con que Inés lo había atado. Resopló molesto. Él cuidaba hasta el último de los pormenores en sus aventuras amorosas y algo tan sencillo como eso se le había escapado. Todos en palacio sabían que él se lo recogía con un nudo. De seguro, el rey también lo había notado.

Buscó la salida lateral del jardín para acortar camino hacia el lugar donde se reunían los soldados. Perdido en sus pensamientos, caminó entre los macizos de flores. Inés ya podía ir preparando ese trasero tan bonito para su represalia y Olaf... Podría jurar que había visto el lazo y no lo mencionó.

Sabía cuál era el castigo ejemplar para él por haber omitido ese detalle. Edith y Licia estarían encantadas con la idea. Ya se imaginaba la reacción del gigante cuando regresara a sus aposentos y descubriera a las dos bellezas francesas que pensaba dejarle desnudas en la cama.

CAPÍTULO 3



Normandía. Primavera de 1060 Castillo de Falaise

Las chicas, entre risas, conversaban alrededor de la mesa. Se incorporaron de golpe al ver que Elga entraba en la cocina. Conocían el temperamento de la mujer. Provocar su mal genio era lo que menos deseaban. Escucharon las órdenes y asintieron sin abrir la boca. Reconocían que era muy buena en esos menesteres. Organizaba el trabajo y dividía las tareas con precisión. Gracias a ella, se lograría lo que creyeron imposible: alistar el castillo en tan poco tiempo.

—Quiero que os empleéis a fondo —dijo Elga en un tono acorde a su temperamento—. Nos quedan tres días. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Las chicas salieron, cada una, a sus actividades.

Elga se sirvió un vaso de agua y se acercó a las ollas que llenaban la cocina de deliciosos aromas. La tarea de preparar el castillo, para la llegada de Einar, había resultado un desafío; pero estaba decidida a recibir a su adorado niño como se merecía. Pronto se cumplirían doce años desde que la separaron de él, y la ansiedad por el reencuentro agitaba su corazón.

La noticia había revolucionado a Falaise. Solo se hablaba del francés, de origen vikingo, que viviría en el castillo. Las chicas necesitaban ese trabajo y tenían mucho cuidado de expresar su opinión donde pudieran ser escuchadas. Los pobladores no estaban a gusto con la idea de que un hombre que había peleado en su contra, de pronto, se convirtiera en uno de ellos.

Supo, desde el primer momento, que esas serían las consecuencias de la decisión de Harald al venir a Normandía y unirse a Guillermo, pero la alegría de recuperar a Einar se había encargado de borrar sus preocupaciones. Se impuso la tarea de ayudarlo a adaptarse entre su gente.

—Pobre del que se le ocurra despreciarlo —masculló la mujer, y blandió la pala de revolver el guiso en actitud amenazante.

A través del vapor, la figura menuda de Freya apareció ante ella.

—Los aposentos están listos. ¿Algo más que deba hacer?

Elga la miró por un momento y dejó lo que estaba haciendo. Tenía predilección por esa chica. Cuando Dahlia la recomendó para trabajar en el castillo, tuvo sus dudas. Pensó que debería estar encerrada, protegida de cuanto peligro había en el mundo. Su fragilidad y su belleza la hacían blanco de las atenciones masculinas. Verla cerca de esos hombres rudos le erizaba la piel.

Sus temores terminaron cuando la pureza que emanaba de ella frenó hasta al mismísimo Harald. Fue entonces que entendió que la mirada de Freya era un arma sobrecogedora. Sus ojos, como el azul del mar profundo, leían el alma del que mirara.

En Falaise la llamaban “el ángel” por su labor de sanadora. Harald le decía “la bruja”, y eso era lo que lo mantenía apartado de la muchacha: era conocido por todos su miedo a ellas. Por la calma que transmitía y por ese poder que detenía la maldad de Harald, Elga la consideraba especial.

Cogió un jarrón, se acercó a Freya y se lo puso en las manos.

—Recoge unas flores para el salón. Ese lugar está tan descolorido que asusta.

La muchacha sonrió y se sentó junto a la mesa.

—Ya lo hice, también dejé en los aposentos. En dos o tres días, su olor estará por todas partes.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —sonrió Elga—. ¡No puedo creerlo! Al fin alguien me sorprende. Tengo que buscar la manera de compensarte.

—Pido perdón por aprovecharme, pero si quiere agradecerme, hay algo que me gustaría pedir.

Elga, quien había caminado hasta la olla para probar la comida, se quedó con la cuchara en el aire. Se giró y sonrió al contemplar el rostro sonrojado de la muchacha.

—¿Por qué tanta ceremonia? Pide lo que sea.

—Dulce de manzanas. Ayer entré en la cocina y la vi preparándolo. Su olor me devolvió a mi infancia. Me recordó a mi madre.

—Es el dulce preferido de mi niño adorado —dijo la mujer, y se dirigió a la despensa—. Por ti haré una excepción.

Freya exhaló pesadamente. Creyó que no tendría el valor de pedirlo, pero Elga le había dado la oportunidad. Se sorprendió a sí misma al aprovecharla sin dudar. No pedía para ella, sino para Jensen. Su hermano no pudo probar el que hacía su madre. Al sentir el olor de las manzanas cocidas en miel, los recuerdos de cuando eran una familia feliz llenaron su mente.

El dolor por la ausencia de su madre no cedía ni un ápice. Su prematura muerte la dejó al mando de una casa con tres hombres, cada uno más difícil que el otro. Jensen parecía su hijo. El benjamín de los Egilsen fue una bendición tardía. Cuando vino al mundo, ella y Lars le llevaban catorce años de ventaja. Su padre y su hermano gemelo habían cambiado el hacha por la azada y se dedicaban a cultivar esa tierra extraña. A diez años de asentarse allí, seguía pareciéndole una decisión errada.

Estaba convencida de que nunca sería feliz en Falaise. Ese lugar le había quitado a su madre y a su prometido. La muerte de Eigel la sumió en una tristeza que a duras penas controlaba, para hacerse cargo de su padre y de sus hermanos. Se sentía responsable de su pérdida y esa culpa estuvo a punto de destruirla.

Normandía y todos los sucesos acaecidos sacaban lo peor de ella. Odiaba las continuas batallas por los territorios y a los franceses y normandos que solo pensaban en peleas y muerte. Sentía aversión por un hombre que no conocía. De solo pensar que participó en la batalla donde murió Eigel, le sangraba el corazón.

Si no necesitara tanto el trabajo, renunciaría. Temía que la presencia diaria de ese hombre despertara los sentimientos que, a duras penas, había logrado sepultar. No quería volver a ser esa Freya. El odio era un sentimiento que lastimaba más a quien lo sentía.

Había escuchado comentarios entre los pobladores y los sirvientes del castillo sobre el hombre que Elga llamaba “su niño adorado”. Algo tenía claro: le esperaba una difícil bienvenida de su gente.

—Puedes considerarte afortunada, solo hago este dulce para Einar.

Freya se estremeció.

—¿Qué pasa? —quiso saber Elga al notar su reacción—. ¿Te sientes mal?

—No —respondió Freya, aún perturbada por la impresión que ese nombre le había causado. Su parecido al de Eigel la tomó desprevenida—. Es que me sorprendió su voz.

—Solo los dioses saben por dónde andaba esa cabecita. — Elga sonrió, y le entregó un cuenco envuelto en un pedazo de tela—. Aquí tienes. No se lo digas al resto de las chicas o tendré que usar la pala de madera más rápido de lo que pensé.

Freya le devolvió la sonrisa. Le habían hablado de Elga, pero adivinaba un corazón de jalea bajo esa actitud que sobrecogía al resto de las chicas. La manera en la que hablaba del francés demostraba su amor inmenso hacia él.

A pesar del rencor, sentía curiosidad por el hombre cuyas conquistas, femeninas y territoriales, rebasaban fronteras. Escuchó decir a Elin que Elga lo crió cuando su madre murió al traerlo al mundo. También se había enterado de que a los nueve años lo enviaron a Francia. Supuso que muy poco de sus ancestros quedaría en él a esas alturas: llevaba mucho tiempo alejado de sus raíces.

La puerta se abrió y Harald irrumpió en la cocina. Su rostro se transformó ante la presencia de Freya.

Elga no pudo ocultar la sonrisa. Daba gusto ver a esa bestia asustada por una chica que apenas le llegaba al pecho.

—No dejes nada sin supervisar —dijo el hombre ignorando la presencia de Freya—. No quiero sorpresas de última hora.

Entró en la despensa y desde allí le gritó a Elga:

—¿Tienes todo lo que necesitas? ¿Ya has terminado con las habitaciones de Einar?

—Tengo todo lo que necesito y Freya se ha encargado de la habitación de Einar.

La muchacha contuvo una exclamación. No tenía ni idea de que había alistado los aposentos de ese francés engreído. De haberlo sabido, le hubiera dejado semillas de castaña bajo el colchón. Se levantó de la silla y sonrió. Todavía estaba a tiempo de hacerle incómoda su estancia.

—Si no necesita nada más, me marchó.

—Puedes irte, Freya. Ya es tarde. Mañana temprano comenzamos con los dos salones que faltan.

La muchacha asintió y abandonó la cocina.

Desde la puerta de la despensa, Harald la siguió con la mirada hasta que cerró tras de sí. La primera vez que se expuso a esos ojos azul oscuro, sintió las lágrimas que nunca lloró avanzar desde lo más profundo de su alma. A duras penas se contuvo. Tenía que buscar la forma de sacarla del castillo. Nadie le haría sentir miedo bajo su mismo techo.



Normandía

Primavera de 1060

Villa en las afueras del castillo

Con el cuenco de dulce en las manos, como un preciado tesoro, Freya recorrió el camino de tierra sorteando el barro que la lluvia había dejado. Alejada del centro de la villa, deslizó la capucha sobre la espalda y disfrutó los últimos rayos de sol. Los recuerdos de su madre la invadieron. Ese era su momento favorito del día. Normalmente, se sentaban en la entrada de la casa a tejer. Ella, ensimismada en el telar, le contaba historias de los dioses.

Freya suspiró al divisar la casa. Llegaba tarde, pero atender a los enfermos era una tarea que había aprendido con su madre. Sanar a otros le recordaba a ella y mantenía su mente ocupada. En el castillo no tenía tiempo para pensar. Volver al hogar era chocar con la realidad, enfrentarse al hecho de que, cuando abriera la puerta, ya no la encontraría preparando los alimentos, con las mejillas sonrosadas por el calor del fuego y la sonrisa contagiosa que iluminaba el lugar.

Se sacudió los zapatos en la entrada, besó la cabeza de su hermano mayor, que estaba sentado junto a la puerta, y entró en la casa.

Jensen se levantó del jergón y se abrazó a sus piernas.

—¿Qué es ese olor?

—Lo he traído para ti.

Freya dejó el cuenco sobre la mesa y soltó los nudos de la tela que lo cubría.

Lars, motivado también por el aroma a manzanas, se acercó a sus hermanos. Ese olor estaba muy presente en sus recuerdos. Miró el cuenco y a Freya.

—¿De dónde lo has sacado?

—Me lo ha dado Elga.

—Te has acomodado muy rápido al castillo y a su gente.

—Necesito ese trabajo. No afecta mis tareas en la casa ni mis obligaciones con vosotros.

—No te quiero cerca de ese hombre —refunfuñó Lars, y se alejó de Freya—. Si se propasa contigo, voy a matarlo.

Freya se giró hacia él. Su mirada hizo bajar los ojos al muchacho.

—No vuelvas a mencionar esa palabra, sabes lo que me hace sentir. —Se acercó a él y le acarició el rostro—. Estoy a salvo, hermano. Ese hombre no se acercará a mí. ¿Cómo crees que luzco comparada con las francesas de la corte? Ni siquiera me mirará. Quédate tranquilo.

«Mi bella hermana, no tienes idea del efecto que causas en los hombres —pensó el muchacho, y la abrazó—. Es precisamente tu diferencia con las mujeres que él conoce lo que me preocupa. No hay forma de que pases desapercibida a la mirada del francés».

—Ese olor... —dijo una voz.

Los jóvenes se giraron hacia la puerta.

Su padre se había quedado clavado en el sitio al respirar el aroma que se esparcía por toda la pequeña casa.

Freya tragó saliva. Se sintió culpable de la tristeza que reflejaba su rostro. No pensó en su reacción cuando pidió el dulce.

Jensen, ajeno a los sentimientos desbordados de todos, comía y se chupaba ruidosamente los deditos.

Freya abrazó a su padre. Entendía su reacción. La mujer que era la brújula y la felicidad de la familia se fue, de un día para otro, dejando un vacío difícil de llenar. El dolor adormecido por su pérdida surgía del fondo del alma con el dulce aroma de las manzanas.

CAPÍTULO 4



Francia
Primavera de 1060
Pont aux Marchandise
En la ribera del Sena

Einar salió de su taberna favorita y se detuvo junto a la puerta. Festejar la despedida con los soldados, quienes siempre lo vieron como igual sin importar su origen o favor del rey, era un deber y un placer inmenso. Ese lugar, esas personas, hicieron llevaderos sus días. Con ellos podía ser el hombre que había sepultado para el resto del mundo. Dedicó una última mirada al bullicio del interior, se ajustó la capa y caminó por los callejones alumbrados por la luz de la luna.

Al día siguiente se celebraría el banquete de despedida de los reyes. Otro nuevo amanecer, y daría la espalda a doce años de una vida agridulce, marcada por la aceptación y el repudio a igual escala.

No acostumbraba a beber en exceso, de hecho, nunca se había emborrachado, pero la ocasión lo merecía. Debió hacer una excepción. Quizá la bebida hubiera mitigado el dolor sordo en su pecho.

Las mujeres en el callejón sonrieron al verlo. Con expresión lujuriosa, le mostraron los senos.

Einar tiró unas monedas en su dirección. La decisión de Enrique lo había dejado en un estado en el que sexo era el último de sus pensamientos.

La idea de enfrentarse a todos sus enemigos en Francia le parecía más soportable que el cercano encuentro con su padre. Desconocía a ese hombre. Intentó durante años encontrar memorias de su vida con él, y lo único que venía a su mente era el puño de Harald directo a su rostro. Ni siquiera podía decir que era un recuerdo. Esa imagen aparecía en sus pesadillas, y al despertar no le encontraba explicación.

Perdido en sus pensamientos, casi se tropezó con dos hombres que se cruzaron en su camino.

Apoyados uno contra otro, intentaban caminar en línea recta con muy poco resultado. Einar sonrió y negó con la cabeza cuando le ofrecieron la botella que llevaba uno de ellos.

Se detuvo al comprender que no era ese el camino de regreso. Avanzó un poco más e intentó ubicarse. Fue entonces que se percató de que había doblado en la esquina equivocada.

Ese callejón era el lugar de los artesanos. Las tablas que anunciaban su trabajo colgaban frente a las construcciones sencillas de madera y paja.

Las nubes ocultaron la luna y la oscuridad se cernió por todo el sitio. El viento sopló desde el norte y el sonido chirriante de las cadenas, que sostenían los carteles, rompió el silencio de la noche.

Miró a ambos lados y decidió regresar sobre sus pasos. Aventurarse por el callejón oscuro lo alejaría más del camino al castillo. Oyó las risas de las mujeres que, al parecer, provocaban a los borrachos con los que se había cruzado. Siguió la dirección de las voces y divisó la taberna a lo lejos. Se encaminó a la plaza de la abadía en el momento en que la luna volvía a brillar.

De soslayo, le pareció ver una figura junto al pilar de una casa señorial. Siguió su camino con la mano cerrada en la empuñadura de la espada. Sus pasos lo llevaron al espacio entre el borde de la plaza y la unión de tres callejones, delimitados por las paredes de piedra de las casas de los comerciantes adinerados.

Entre los sonidos de la noche, uno en particular le hizo aguzar el oído. Fue apenas audible, pero lo había escuchado tantas veces en batalla que no le pasó desapercibido. Justo cuando alcanzó el borde de la plaza, su espada detuvo la del hombre que salió del callejón a la izquierda. Tiró la capa al que sintió a su espalda y se enfrentó a ambos. Los dejó atacar y analizó sus movimientos. Esos no eran ladrones. Sin duda, eran asesinos contratados para acabar con su vida. Ya le parecía extraño que los maridos y amantes resentidos lo dejaran marchar tan fácilmente.

Empleando su destreza y fortaleza física, desarmó con tres estocadas a uno de los hombres y lo golpeó en la cabeza con el mango de la espada.

No tenía intenciones de matarlos, pero el otro aprovechó un descuido y logró herirlo en el brazo. Einar lo enfrentó y lo hirió en el costado.

El atacante soltó el arma y se cubrió la herida con las manos. Cayó de rodillas al saberse dominado y sin ayuda de su secuaz, quien yacía inconsciente en el suelo.

—¿Quién te ha enviado?! —rugió Einar con la punta de la espada en la garganta del hombre.

—Mátame. Igual él lo hará si lo delato.

—Te envía el conde de Flandes.

El hombre bajó la cabeza.

—Dile a ese cobarde que me rete a duelo, como corresponde.

Guardó su espada, verificó que nadie lo seguía y atravesó la plaza para llegar al puente. La sangre le manchaba la camisa. Enrolló la tela hasta dejar la herida a la vista. Sangraba bastante, pero era superficial.

Miró alrededor. La niebla cubría las riberas del río y avanzaba hasta las edificaciones de la villa. Pensó que había tenido el tiempo justo para alcanzar la plaza. Si lo hubiera sorprendido entre los callejones, quizá otro sería el resultado de ese enfrentamiento.

A su silbido, el caballo se acercó desde los arbustos de la orilla del puente. Montó de un salto y galopó hacia el castillo que se divisaba a lo lejos, semioculto por la bruma. El sonido de los cascos rompió el silencio sepulcral de la madrugada.



Francia

Primavera de 1060

Palacio de la Cité

Einar, a pesar de haberse acostado a altas horas de la madrugada, se había despertado temprano. Dedicó el día a supervisar todos los detalles del viaje ayudado por Olaf.

Regresó a sus aposentos cuando el sol comenzaba a ponerse y tomó un baño. Esa vez, se metió en la tina. Con los brazos apoyados en el borde, se fijó en la venda que le cubría el corte y recordó los sucesos de la madrugada.

Alguno de los soldados de guardia debió dar el aviso de que había llegado herido. Una de las damas de Ana vino a su habitación y le comunicó que se requería su presencia. Para disgusto de la reina, no había delatado al culpable. El cuñado del rey estaba detrás del ataque, y no era la primera vez que atentaba contra su vida. Al amanecer, se marcharía de Francia. No tenía sentido poner más preocupaciones en la cabeza de su protector.

Después de un regaño ejemplar, la reina le pidió a Adelaida que lo curara. Sonrió al recordar las temblorosas manos que, más que curar, acariciaron su piel. La bella Tilly no se atrevió a mirarlo a los ojos. Se limitó a estremecerse cuando le rozó la rodilla con la suya.

Salió de la tina y se envolvió en la cintura uno de los paños que encontró sobre el banco. Cogió otro y se tomó el tiempo para secarse el cabello y recogerlo en una cola. Vistió las ropas que la reina le había enviado esa misma tarde, se acomodó la manga de la camisa para cubrir la venda y, después de un último vistazo a su atuendo, se dirigió a la sala del rey.

Caminó por los corredores, iluminados por las antorchas, hasta el gran salón. Con gusto habría declinado el honor de participar en un banquete donde más de la mitad de los presentes lo querían muerto o fuera de Francia. Al menos, algunos de sus enemigos estarían felices de saber que se marchaba para siempre.

Respiró profundo cuando las puertas se abrieron y fue anunciada su presencia. Se inclinó ante los reyes y buscó a Olaf entre los presentes. Fue fácil localizarlo. Su estatura destacaba sobre los endeble nobles de la corte.

Un vistazo general le mostró a sus bellezas, radiantes en sus costosas vestimentas. Junto a la reina, el rostro aniñado de Adelaida le dirigía miradas de soslayo. La dulce Tilly ya había entendido que la oportunidad que deseaba se esfumaba con el próximo amanecer.

Cogió la copa que le ofreció uno de los sirvientes. Estaba hablando con Olaf sobre el regreso cuando la música empezó a sonar. Acto seguido, sintió el roce en el hombro.

—Baila conmigo.

Sonrió ante el atrevimiento de su flor. Era una de las cosas que adoraba de ella. Le importaban poco las habladurías, para disgusto de su padre, quien ya no sabía cómo controlarla. Ignorando la mirada recelosa de Olaf, cogió la pequeña mano y la besó. Sin soltar a Inés, se dirigió hacia el círculo de danzantes.

Desvió la mirada al notar la mirada de advertencia de la reina. No era su intención causar una situación embarazosa, pero ¿cómo negarse a bailar con Inés? Habría ocasionado un desastre. El temperamento de su flor desentonaba con su menudo y hermoso cuerpo.

Entendió el mensaje en los ojos de la reina al hacer un giro que le permitió ver a Judith. Se comportaba como una loca celosa a dos pasos de su marido.

Desde que el rey anunció su salida de Francia, no había tenido la cabeza para locuras. Siendo honestos, deseaba acostarse en la cama con su flor, solo con ella, y poseerla lenta y calmadamente. No creyó que Inés fuera a aprobarlo y prefirió evitarla antes que decepcionarla.

Al analizar el escenario ante él, pensó que calmada no sería la definición para la noche que le esperaba. Judith le saltaría encima a la menor oportunidad y en los ojos de su flor veía la promesa de fuego y miel que lo sedujo la primera vez. Presintió que ese dúo explosivo le complicaría su última noche en la corte francesa. Para colmo, Adelaida le dirigía miradas cargadas de deseo insatisfecho desde un extremo del salón.

El susurro de su favorita terminó con sus dudas.

—Estaré en el torreón abandonado. Hay una habitación que nadie usa —dijo Inés, y le guiñó un ojo—. Me marcharé primero y te esperaré.

—No veo cómo harás algo así. Tu padre no te ha quitado ojo en toda la noche.

—Lo tengo resuelto.

Inés sonrió y miró a la mujer a la que había pagado para que mantuviera a su padre entretenido. Mientras bailaba, notaba el interés del hombre, quien no se resistía a unos pechos generosos.

«Cuando se marche tras ella —pensó la muchacha—, subiré al torreón a esperar por mi dios vikingo. Solo espero que no se moleste con mi regalo de despedida».



Einar creyó que no se desligaría de los reyes. Enrique agregó el incidente de la noche anterior a la lista de motivos que apoyaban su decisión de alejarlo de Francia. Ana lo aturdió con miles de recomendaciones, regalos y muestras de cariño. Finalmente, lo dejaron marchar.

Buscó a Olaf y, después de ultimar detalles en sus aposentos, se marchó en busca de las chicas. Estaba convencido de que Judith no iba a quedarse ajena a los planes de Inés.

Caminó por los corredores de palacio por última vez. Subió al torreón y divisó la puerta al final de los escalones. Antes de empujarla, se asomó a la abertura en la pared de piedra. Las estrellas llenaban el cielo. Desde esa altura, contempló el río, el puente que los unía al resto de la ciudad, la geometría de las construcciones de la villa... Respiró profundo. No había tenido un momento de descanso, pero las diversas ocupaciones no pudieron distraerlo del dolor que causaba dar la espalda a años que marcaron su vida.

Su mente volvió a las chicas. Celebró la idea de Inés de venir a ese apartado torreón. El vino y la mano de Judith en su entrepierna, resguardada por la mesa del banquete, lo hicieron olvidar sus deseos de sexo calmado a la luz de las velas.

Iba a darle una noche para no olvidar a su valquiria francesa por haberlo puesto en tan incómoda situación delante de los reyes y de su esposo. A su delicada flor, había llegado la hora de cobrarle el lazo con que le recogió el cabello.

Empujó la puerta suavemente y escuchó los gemidos de las formas que apenas vislumbraba sobre la cama. Avanzó y se recostó contra la pared. Disfrutó esos sonidos, que calentaban su cuerpo, mientras esperaba que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad.

Un sonido desconocido lo hizo ladear la cabeza. En un intento por descifrarlo, se acercó a la cama. Levantó a su flor en vilo. Aun en tinieblas, distinguía la delicadeza de sus formas.

La oyó reír y vio a la otra mujer incorporarse lentamente. Achicó los ojos para enfocar esa imagen familiar y el rostro de Adelaida surgió ante él. La repentina claridad lo hizo girarse. Judith, desnuda, cerró la puerta y le sonrió con la vela en la mano.

—No deberíais haberme engañado. —Einar soltó a Inés y se dirigió a la salida—. Por ella, habéis perdido la oportunidad.

—Para salir, tendrás que golpearme. — Judith sonrió, y dejó la vela sobre la mesa—, y estoy segura de que no lo harás.

Einar se detuvo. La exuberante belleza frente a él exudaba reto por todos los poros. Le gustaba el juego rudo y enfrentarla solo la volvería más osada.

Se giró hacia la cama cuando esos gemidos nuevos a sus oídos volvieron a escucharse.

Judith aprovechó para apoyarse contra su espalda y rodearlo con los brazos.

—Mírala. Es hermosa —dijo Inés, y acarició el cuerpo de Adelaida—. Compláceme. Nunca has tenido una virgen. Sigues rechazándolas.

—¿Y eso no te dice nada?

—Que eres un tonto sin remedio —rió Judith.

Einar se rindió a las caricias de su valquiria. Los gemidos de la bella Tilly, bajo las expertas manos de Inés, habían logrado enloquecerlo. Con la última gota de sensatez se oyó preguntar:

—¿La jarra de agua?

—Sobre la mesa —respondió Inés con una sonrisa enorme en la cara.

—De acuerdo, chicas.

El chillido de Judith, justo en su oído, lo hizo contraerse. Levantó los brazos y la mujer lo desvistió en segundos.

La mirada curiosa de Adelaida seguía los movimientos de Judith. Recorría de pies a cabeza el cuerpo que, hasta ese minuto, solo podía imaginar. Se detuvo en la venda en el brazo.

Su expresión hizo sonreír a Einar. Cuando esos ojos aguamarinas se encontraron con los suyos, la determinación con que la había rechazado en el pasado dejó de parecer acertada.

—Me siento como un oso en una trampa y no me gusta del todo —dijo Einar, y miró a Judith, que le mordía los músculos del brazo mientras deslizaba la mano por la erección.—. Voy a castigarlas por esto.

Las risas llenaron el pequeño aposento.

La bella Tilly no tenía idea de lo que causaba tanto alboroto al resto de las chicas. Sentada en la cama, con los ojos fijos en las manos de Judith; no era consciente de que su expresión de genuino asombro y lujuriosa curiosidad había destrozado las dos reglas que Einar se impuso por años.

—¿Sabéis lo que hace un oso en una trampa? —preguntó el hombre con la mirada fija en Adelaida.

Otra vez ese chillido agudo le hizo cubrirse la oreja. Sintió que Judith se separaba de él. Miró a Inés, quien sonreía y se alejaba de Adelaida. Sus reacciones le hicieron hervir la sangre. Ellas lo conocían y amaban cada una de sus locuras. A sus chicas no podía engañarlas.

—¿Qué hace? —preguntó Adelaida en un derroche de inocencia.

—¡Ataca lo que tiene frente a él! —respondió Einar, y saltó sobre ella.

CAPÍTULO 5



Normandía. Primavera de 1060 Castillo de Falaise

Elga revisó los salones y dio las últimas órdenes a las chicas. Había costado un enorme esfuerzo, pero el castillo estaba listo para la llegada de Einar. En su camino a la cocina, descubrió a Harald sentado junto al fuego del salón. Habría dado todo por entrar en su mente.

Su comportamiento había cambiado de entrometido en todo a taciturno. Deambulaba de madrugada por el castillo. Sin duda, la cercanía del reencuentro le quitaba el sueño. La pizca de conciencia, que debía tener sepultada en algún oscuro rincón de su cabeza, estaba recordándole que, por su culpa, Einar estuvo a un paso de la muerte. El miedo a que recuperara sus recuerdos lo hizo alejarlo de los suyos. Sus viles acciones seguían acumulándose y su hijo, otra vez, pagaría por ello.

«No es justo que Einar tenga que enfrentar una y otra vez las consecuencias de la vida vacía de sentimientos y honor que Harald eligió vivir», pensó Elga, y entró en la cocina.

Comprobó la comida. Los platillos preferidos de su niño adorado se preparaban bajo su atenta mirada. El corazón le latía con fuerza ante la sola idea de que volvería a tenerlo entre sus brazos.

Einar era su debilidad. Nació una semana después de que ella perdiera a su hijo recién nacido. Su madre murió al traerlo al mundo. Cuando lo pusieron llorando en sus manos, el hermoso bebé se prendió de su seno. Amamantarlo, amarlo como suyo, llenó el vacío que la muerte dejó en ambos y creó un vínculo que ni la distancia ni el tiempo separados pudo romper.

Recibió un regalo cada año. El primero la hizo llorar durante días. Saber que Einar se lo había pedido a la reina para enviárselo, encogió su corazón. Cuando cumplió quince años, los eligió por él mismo.

Los dos días que duraba la travesía hasta Falaise le parecieron interminables. Cuando estuvo cerca para llegar a galope, no lo pensó dos veces.

Una sensación extraña lo invadió al recibir el impacto del viento en la cara. Vio a lo lejos el castillo sobre el promontorio, y se desvió al sendero oculto por los sauces. El estanque surgió en el recodo y Emma ocupó su mente.

Cuando la conoció, no imaginó que llegaría el día en que rechazaría hasta sus recuerdos. A los quince años se enamoró perdidamente de esa mujer, a los diecisiete, comprendió que amor no era una palabra que funcionara con Emma.

La última vez que estuvo en Falaise, terminadas las negociaciones de paz en Ruan, ella le mostró ese lugar. Había logrado esquivarla desde ese día, pero asentarse en el castillo lo acercaba a su nociva telaraña.

Einar soltó la rienda de su caballo y esperó a que se perdiera entre los arbustos. Avanzó hasta el árbol, que marcaba el final del sendero, apartando a su paso las ramas de los sauces que colgaban hacia el estrecho camino de tierra. Las imágenes de Emma aferrada a él, gritando como loca con el tronco de apoyo, volvieron a su mente. Dobló sus ropas y las dejó sobre la hierba. Molesto con sus pensamientos, se metió al estanque. La frescura del agua le despejó la cabeza.

Después de la última noche en la corte francesa y los días de trayecto, su cuerpo agradecía ese baño helado. El recuerdo de las chicas lo invadió desplazando al de su desquiciada mentora de cama al último rincón de su mente. Iba a extrañar a sus bellezas francesas. Esperaba que Inés se las ingeniara para visitar Falaise. En cuanto a Judith, no creía que pudiera escaparse de su esposo.

Mientras frotaba los músculos tensos, pensó en la agradable sorpresa que había resultado el regalo de Inés. Adelaida había sido una experiencia dulce y apasionada que retomaría, sin dudar, a la mínima oportunidad.

Recordó su rostro aniñado, la manera en que su expresión había cambiado del dolor al placer entre sus brazos, los gemidos y sollozos al experimentar, por primera vez, el amor de un hombre.

Besando cada rincón del cuerpo de Adelaida, que le recordaba a la porcelana y al olor de las flores en un día de campo, olvidó el deseo de castigar a Inés y a Judith por sus indiscreciones. El alba lo había sorprendido adorando a las tres bellezas francesas.

Las mujeres eran una constante en su vida. Bendición y maldición, a partes iguales. Cuando lo separaron de Elga, el niño que era, odió a todo lo que se cruzó en su camino. Francia y las francesas se dieron a la tarea de apaciguarlo y, en el proceso, lo marcaron para siempre. Una se encargó de endulzarle el alma y calmar su espíritu; otra, usó su cuerpo y, a cambio, le entregó las llaves del placer femenino. Las que vinieron después fueron utilizadas con mucho amor para saciar sus deseos crecientes. Juntas formaban su rosario personal.

«Normandía proveerá nuevas cuentas a agregar —pensó Einar—. Y, ¿quién sabe? Puede que hasta la que cierre tan magnífica colección»

Con una sonrisa de satisfacción, se sumergió y nadó hacia el centro del estanque.



Freya apuró el paso. A su padre no le gustaba que caminara sola por esos rumbos, pero necesitaba un remedio para Jensen y esa hierba solo crecía a la orilla del estanque. Se cerró la capa y acomodó la capucha. La prenda la hacía sentir protegida. Nadie se fijaba en una figura menuda envuelta de pies a cabeza.

Caminó por el estrecho margen entre las piedras y la orilla del estanque. Vio la hierba que necesita junto al sauce que cerraba el angosto sendero. Se inclinó y comenzó a recoger las plantas. Descubrió un bulto oscuro pegado al tronco y se acercó a él. El corazón le latió acelerado al darse cuenta de que eran unas botas y ropajes masculinos.

Se incorporó presurosa y, al girarse, se estampó contra la figura del hombre que estaba de pie detrás de ella.

Perdió el equilibrio y sintió la mano que se cerró sobre su brazo para impedir que cayera al agua. De un tirón, se soltó y retrocedió un paso. No había espacio para más.

Los segundos que estuvo a la altura de ese pecho pusieron tres pensamientos en su cabeza: estaba desnudo, mojado, y su figura bloqueaba la salida, dejándola atrapada entre el árbol y su imponente cuerpo. Respirando con dificultad, obligó a sus ojos a permanecer sobre el nivel de los musculosos pectorales.

Einar había salido del agua al descubrirla de espaldas, agachada cerca del tronco. Al descubrir las hierbas que apretaba en la mano, entendió que sus ropajes no eran el objetivo de la misteriosa figura. Se miró el pecho, todavía sentía el calor donde esos labios lo habían rozado, al darse de bruces contra él.

La capucha solo dejaba ver la línea de una mandíbula delicada y una boca carnosa, que formaba un hoyuelo precioso entre los labios cerrados. La enorme capa no ocultaba el ritmo alterado de su respiración. En un movimiento limpio, extendió la mano y le descubrió la cabeza. El rostro hermoso surgió ante él. Lo cautivó la mirada azul.

«Así debe ser la mirada de un ángel», pensó Einar.

Perdido en esos ojos, todos los sonidos del bosque desaparecieron. Olvidó respirar, las preocupaciones, la desnudez... Su mente se sumió en una calma que nunca había experimentado. Se liberó del embrujo de esa mirada y pudo articular palabra:

—Creí que eras un ladrón. Si te giras y me alcanzas mi...

Freya no lo dejó terminar. Cogió la ropa y las lanzó en su dirección. Se colocó de espaldas y esperó.

—Salgamos de aquí —dijo Einar—. Terminaré de vestirme en el camino.

La muchacha se giró al oír su voz. Ya no le temía. Al mirarlo a los ojos, no encontró maldad alguna en él. Muy en el fondo, escondía una tristeza, un dolor que lo había acompañado durante mucho tiempo. Recorrió con los ojos los músculos marcados del abdomen. Se detuvo en el pecho inmenso, observó a profundidad los tatuajes. Siguió la línea sinuosa de las gotas de agua que brillaban sobre esa piel.

Había visto a dos hombres desnudos en su vida, uno por accidente y otro por voluntad. Eso ante ella no sabría con qué compararlo. No lo había visto antes en la villa, por lo que supuso que era parte del grupo que había llegado, días atrás, desde las frías tierras del norte.

Levantó la cabeza, sintiéndose pequeña a su lado, y se encontró con su sonrisa. Las mejillas se le tiñeron de rosa al descubrir que, perdida en su contemplación, no había visto la mano tendida hacia ella y él disfrutaba de su vergonzoso comportamiento. Tragó saliva y extendió la suya. Sintió el calor de la palma del hombre y los dedos cerrarse alrededor de la muñeca.

Einar le dio la espalda sin soltarla y, con el brazo extendido detrás de él, la guió por el sendero.

Freya miró el cabello mojado, que rozaba el borde del pantalón, y se cubrió la boca para acallar un gemido. Le recordó su vida antes de venir a esa tierra. Los hombres de su tribu lo usaban largo, sin rapar en los costados, y ese era un atributo masculino que siempre la había hecho suspirar. Sin duda, esa constitución y esa melena destacarían entre los pobladores de Falaise. Pensó que cuando las chicas del castillo lo descubrieran sería blanco de sus atenciones.

Einar le soltó la mano al llegar al borde del camino.

—¿En qué dirección vas?

—Voy a mi casa —respondió Freya, y señaló el grupo de construcciones dispersas, justo donde comenzaba el camino de ascenso al castillo.

Einar terminó de vestirse.

Freya apartó la mirada, afectada por el movimiento de los músculos del hombre al pasarse la camisa por la cabeza. Apretó los labios. Él había despertado su espíritu. Esas emociones, fuera de control, eran impropias de ella. Sintió que traicionaba a quien tanto amó al reaccionar de esa manera.

—Bienvenido a Falaise —dijo Freya, y le dio la espalda.

—¡Espera! Te llevo conmigo y te evitas la caminata.

La expresión interrogante de la muchacha hizo sonreír a Einar. Se giró hacia el otro lado del camino y chifló.

Freya abrió la boca del asombro cuando el caballo salió de entre los árboles cercanos y se detuvo junto a ellos.

Einar montó de un salto y extendió la mano hacia ella.

La muchacha tragó saliva. No podía aceptar, no sería correcto. Si alguien le dijera a su padre o a Lars que había montado con un desconocido, se buscaría un problema de los grandes.

—Os agradezco, pero prefiero caminar. —Freya recordó la venda mojada en el brazo del hombre—. Cuando lleguéis a casa, deberéis limpiar la herida y cambiar el vendaje.

Le dio la espalda y siguió por la orilla del camino.

Einar se quedó mirando su figura. Ese cuerpo bajo la capa se veía muy similar al de su flor francesa, hasta en el cabello se parecían. Ambas tenían ese color de la miel oscura que le recordaba el de Elga.

Esperó a que avanzara hacia el poblado y sonrió. Las mujeres obstinadas eran un reto al que no se podía negar.

Freya apuró el paso. Había perdido mucho tiempo con el desconocido y Jensen la necesitaba. Se protegió los ojos con la mano y divisó el carruaje y las dos carretas que subían por el camino al castillo.

«El francés ya está aquí», pensó la muchacha.

Las nubes oscuras, que avanzaban desde el norte, le preocuparon. Desde esa dirección, presagiaban una lluvia segura. Oyó el galope del caballo acercándose y gritó al sentirse levantada en el aire. Aterrizó sobre las piernas del desconocido.

—¿Qué haces?!

—No quiero caminar y tampoco mojarme. —Einar le rodeó la cintura con un brazo—. Tus negativas van a lograr las dos cosas y no me gusta la idea.

—¡Bájame!

—¡No!

Freya se quedó quieta. No supo cómo reaccionar. Podía deslizarse al suelo y rezar para no partirse un hueso o enfrentarlo y lograr que la dejara en paz y siguiera su camino. Las dos ideas se vieron opacadas por la punzada desconocida en su pecho. Por un lado, sentía la necesidad de apoyarse en él y relajarse en el calor de ese cuerpo. Por otro, sabía que estaba mal la manera en que reaccionaba. La perturbó su comportamiento: no parecía ella misma.

Einar la sintió relajarse entre sus brazos y, a duras penas, contuvo la reacción de su entrepierna. Fue consciente de las delicadas formas sobre él, de la manera en que ese cuerpo se apoyaba contra el suyo.

Las primeras gotas le mojaron el rostro. Aunque prefería no mojarse, el agua llegaba justo para calmar su ánimo.

—La lluvia está sobre nosotros. Solo veo dos opciones: seguimos y nos mojamos o nos guarecemos en esas ruinas.

—Debo llegar a mi casa —dijo Freya—. No me importa mojarme.

Einar detuvo el caballo. La tomó por la cintura y la montó tras él. Le acomodó la capa y le colocó también la suya, asegurándola con un nudo en el pecho de Freya.

La muchacha se contrajo a su contacto. Dio un respingo al sentir que le cogía las manos y las colocaba alrededor de su cintura.

—Sostente fuerte.

Freya hizo lo que pidió. Oyó el silbido y el caballo se lanzó a galope. Se percató de que él se dirigió al animal con un sonido diferente a la primera vez. Su hermano Lars llenó sus pensamientos. Amaba a los caballos. De seguro, estaría encantado de aprender los métodos del desconocido.

La mano de Einar sobre las suyas la sobresaltó. Al calmar los pensamientos, su cuerpo traicionero se encargó de recordarle la agradable sensación de calor que emanaba del hombre. Él la protegía, la lluvia apenas la mojaba; pero la sentía bajar por ese pecho empapando la tela de la camisa.

—¿Hacia dónde?

Se incorporó asustada. No se había percatado de que estaban en la entrada de la villa.

—Déjame aquí.

—¿Estás loca? Indícame el camino a tu casa.

Einar la sintió resbalar a su espalda y atrapó su mano. Cuando los pies de la muchacha tocaron el suelo, saltó del caballo.

—No voy a dejarte aquí.

—No puedo llegar a mi casa contigo. Estaré bien.

Einar miró a todas partes. Era media tarde, pero las nubes de tormenta lo oscurecían todo. No se veía un alma en los alrededores.

—Gracias por traerme —dijo Freya, e hizo ademán de quitarse la capa.

Él la detuvo. Su mano cubrió las dos de ella que luchaban por deshacer el nudo.

—Quédatela.

—No puedo aceptarla.

—Te buscaré para que me la devuelvas —dijo Einar, y volvió a acomodar la prenda sobre los hombros de la muchacha.

Un ligero temblor recorrió el cuerpo de Freya. Sus maneras le recordaban a Eígal. Ese deseo irrefrenable de refugiarse en esos brazos volvió a asaltarla. No era su imponente presencia ni su cabello ni la mirada azul grisácea, lo que la hacía temblar. Era lo que veía a través de esos ojos. Cuando se miraba en ellos, sentía deseos de llorar. Eso solo significaba una cosa: contemplaba un alma atormentada.

Einar la miró antes de colocarle la capucha. No pudo evitar extender su mano y acariciar la línea de la delicada mandíbula. La mirada de ella lo volvió más osado. Cubrió con la yema de su dedo índice la pequeña abertura entre los labios. Sintió el gemido contra su piel y, dispuesto a recibir una bofetada, la atrajo contra su cuerpo y la besó. Cuando esa boca carnosa se abrió bajo la suya, dejó de pensar.

Estrujó su cuerpo menudo contra el suyo. Recorrió cada rincón de su boca mientras las pequeñas manos le acariciaban el rostro. La opresión que sintió en su pecho, ante el delicado contacto, le arrancó un quejido. El rayo iluminó el cielo y los devolvió a la realidad.

Freya se vio fundida con ese cuerpo, sus pies no tocaban el suelo. Las manos del desconocido la sostenían por la cintura y la nuca, las suyas se perdían en el cabello del hombre. Gimió ante el rostro que la contemplaba como si la mirara por última vez. Nunca había sido tan consciente de su femineidad. Él trastocaba todo en ella. No parecía la Freya que era o, quizá, esa era la que debía ser. No podía pensar con claridad, no cuando sentía la llamada de auxilio de esa alma.

Einar se desconocía. Tomar lo que deseaba era su comportamiento habitual. Lo que había sentido al hacerlo, no lo fue. Si fuera una de sus bellezas francesas, no estaría en medio de la nada, hipnotizado por esos ojos, sin atreverse a manchar con las manos el delicado cuerpo entre sus brazos. Debía ser que el cansancio del viaje lo había afectado. Toda la situación era tan confusa que no lograba hilar un pensamiento coherente.

—Es hora de separarnos —dijo Einar en contra de sus deseos.

La dejó en el suelo y volvió a acomodarle las capas. Se propuso no mirarla a los ojos, de hacerlo, no podría dejarla marchar. Le cogió las manos y las besó. Montó de un salto y enfiló hacia el castillo.

Freya se quedó de pie bajo la lluvia. En su retina, la imagen del jinete se desvanecía, pero en su pecho el corazón le latía como jamás lo había hecho.

CAPÍTULO 6



Normandía Primavera de 1060 Castillo de Falaise

Freya se detuvo en la entrada y le hizo un gesto de adiós a su hermano. Lars se había empeñado en acompañarla al castillo, y no pudo negarse. La llegada del francés lo había alterado. No lograba que entendiera que no sería objeto de interés para ese hombre. Cuando cuidó a Hugo, conoció a mujeres de la corte. Era inevitable encontrarse con las amigas de la señora Emma. Francesas elegantes, educadas, refinadas... Estaba segura de que ese engreído ni se dignaría a mirarla y daba gracias por ello.

Ese pensamiento alegró su día. Lo quería a la mayor distancia posible. Era la única manera de mantener a raya los sentimientos dañinos que él le inspiraba. Su pensamiento voló a otro hombre.

La noche anterior, apenas había pegado ojo. Los recuerdos del vikingo del estanque le habían robado el sueño. Lo peor de todo fue que no pudo ponerle un nombre a esos ojos atormentados. Dominada por los sentidos, olvidó la razón y algo tan sencillo como preguntar su gracia. Había sido un día extraño, no fue la Freya de siempre. No podía quitarse de la cabeza que traicionaba a Eigal al dejar que ese hombre ocupara sus pensamientos y avivara el deseo.

Su prometido la acusó más de una vez de no amarlo por el simple hecho de que no respondía a las caricias como él deseaba. El vikingo del estanque le hizo entender a lo que se refería. Jamás había sentido lo que experimentó en esos brazos, colgando de su cuerpo mientras su boca le robaba el aliento. Pidió perdón a Dios, a Eigal y rogó por no cruzarse otra vez en el camino de ese hombre.

—Buenos días, Freya. ¿Cómo está Jensen?

La voz de Elin la sobresaltó. Absorta en los recuerdos, no se percató de que había tomado el camino a la cocina.

—Buenos días, Elin. Ya está bien. El té de hierbas ha funcionado. ¿Puedo ayudarte? —preguntó Freya, mirando la bandeja llena de vasos.

—Lleva esto a Elga. Dile que las frutas llegarán al mediodía.

Freya se despidió y caminó hacia la cocina. Iba a empujar la puerta, y se quedó con la mano en el aire al oír la armoniosa risa de Elga.

«No puede ser», fue su primer pensamiento.

No imaginó esos sonidos saliendo de la boca de la dura mujer. Se acercó a la puerta y escuchó las voces y risas que salían del interior.

—¡Bájame ya, o no quedará una pala de madera sana en esta cocina!

La muchacha sonrió. Esa sí que era la Elga que conocía.

Un hombre tosió. Su voz ronca, ligeramente familiar, llegó a los oídos de Freya.

—Hoy sí que no te me escapas. Voy a colarme en tu cama. Ni te molestes en intentar deshacerte de mí.

Freya tragó saliva. «¿Qué diablos pasa en esa cocina?».

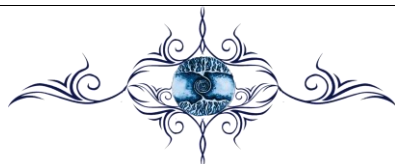
Oyó el sonido inequívoco de besos. Decidió regresar por donde había venido, pero su mente le falló. Se vio, horrorizada, haciendo lo contrario.

El hombre, con Elga en brazos, se giró al escuchar el sonido de los goznes.

La bandeja cayó de las manos de Freya, quien ni siquiera oyó el retumbar metálico de los vasos contra el suelo. El sentido de la vista restó protagonismo a los demás. El dolor que había sentido en el pecho el día anterior, volvió a atormentarla. De seguro, por el latir acelerado de su corazón.

Einar soltó a Elga y se acercó a la muchacha. A medida que lo hacía, su expresión cambiaba de la sorpresa a la preocupación. Llegó a su lado justo para atraparla antes de que se golpeará contra el suelo.

Freya, apenas consciente, gimió contra el pecho del hombre. La oscuridad la invadió y cerró los ojos en los brazos del vikingo que le quitaba el sueño.



Un olor desagradable llenó los pulmones de Freya. Con los ojos cerrados, recordó todo y se le escapó un gemido.

—Vamos, mi niña, abre los ojos.

Freya oyó a Elga como si estuviera muy lejos. Sintió la mano de la mujer que sostenía la suya.

—Déjala que descanse un poco más, Nana.

La muchacha se incorporó bruscamente al oír esa voz.

—¡Al fin! —soltó Elga, y se sentó junto a Freya—. Me tenías muy preocupada.

De soslayo, Freya vio la figura del hombre a los pies de la cama. No se atrevió a mirar en su dirección.

—¿Te sientes bien? —quiso saber Elga.

La muchacha asintió. Se le agitó la respiración al advertir que el hombre se acercaba. Cuando él se agachó junto a Elga, sus ojos quedaron al mismo nivel. Tragó saliva al verse reflejada en las pupilas azul grisáceo.

—Freya, él es Einar, mi niño adorado —dijo Elga, rebosando de orgullo.

—Freya. ¡Qué bonito nombre! —dijo el hombre, con una media sonrisa en los labios y una mirada pícara—. Hola. Es un placer inmenso conocerte.

El corazón de la muchacha le dio un vuelco en el pecho.

—Hola —murmuró, y apartó la vista.

Elga se quedó mirando la escena. Algo no encajaba del todo en esa situación. El resto de las chicas habían sonreído, embobadas, al ser presentadas. Esa muchacha con el ceño fruncido, que evitaba la mirada de Einar, no era la reacción que esperaba ver.

—Quédate y descansa un poco —propuso Elga.

—No. Estoy bien. No sé qué me pasó en la cocina.

—Asustamos a la chica, Nana —dijo Einar, y abrazó a Elga—. Probablemente, creyó que yo era uno de tus amantes.

—¡Calla, insensato! —Elga sonrió y le dio un manotazo—. Vas a escandalizar a la chica.

Freya bajó la vista. No había dudas de lo que él representaba en la vida de la dura mujer: ella reía con cada palabra que ese engreído pronunciaba.

—Mejor que sepa desde ahora que eres el amor de mi vida —dijo Einar, y besó la mejilla de Elga—. No tiene ni la menor oportunidad conmigo.

La muchacha respiró profundo. Lo mismo podría reír, que llorar con ese comentario. No quería ninguna oportunidad. De tenerla, no la tomaría. Él era el francés y eso lo cambiaba todo.

Bajo la atenta mirada de Elga, se deslizó hasta el borde de la cama y se levantó.

—¿Qué debo hacer?

—Pues si no quieres descansar, sígueme a la cocina.

Einar abrazó a Elga y la levantó del suelo. Después de girar con ella, la soltó y le dejó un beso en los labios. Amor, en su más pura expresión, era lo que emanaba de esos ojos que se buscaban y de las manos que acariciaban el rostro del otro.

—Te lo advierto, Nana. No cierres tu puerta esta noche o la echo abajo. He estado demasiado tiempo sin ti.

Freya apartó la mirada. Se preguntó si solo ella podía sentir el dolor tras cada palabra que él pronunciaba. Con el corazón a punto de salirse del pecho, salió de la habitación sin mirar atrás.

—Siempre me pareció extraña esa niña —dijo Elga con el ceño fruncido—. No entiendo su reacción. Creo que está protegida contra tu encanto.

—Ninguna lo está, solo que ella aún no lo sabe.

—¡Eres un engreído! —lo regañó Elga entre risas—. ¿Quién te ha enseñado ese comportamiento?

—Las mujeres, Nana. —Einar palmeó el trasero de Elga y la empujó fuera de la habitación—. Ahora deja que duerma un poco, y esta noche, ¡en tu cama! —Recalcó la frase haciendo reír a la mujer—. Te contaré todo lo que quieras saber.

NOTAS ACLARATORIAS

ⁱ Máxima deidad nórdica

ⁱⁱ Corte real.